

Las culebras matan los ratones por asfixia

Por el

R. P. Félix JAFFUEL, SS. CC.

Caminábamos cierta tarde de Enero por las asoleadas serranías del fundo Tanumé, entre Topocalma y Pichilemu, cuando oímos unos gritos lastimeros que salían de un matorral vecino. Nos detuvimos y silenciosamente nos acercamos al lugar de donde salían aquellos quejidos. Pronto pudimos saberlo todo. Era una pequeña tragedia la que íbamos a presenciar.

Una culebra (Coronella?) de unos 60 centímetros tenía enroscado un ratón de campo, bastante mayor que la laucha común (*Mus rattus*), dándole tres vueltas alrededor del cuerpo. La parte enroscada correspondía más o menos a la mitad del cuerpo de la culebra; la parte delantera quedaba libre y se alargaba hacia adelante, pero luego la cabeza se replegaba hacia atrás, de manera a enfrentar la cara del ratón. Los dos se miraban cara a cara y tan de cerca que a veces llegaban a tocarse. El ratón tenía la boca abierta y enseñaba dientes afilados, alargando la cabeza lo más posible y tratando de morder la cabeza de la culebra. Esta, a su vez no se daba un momento de reposo y estaba en una constante actitud de ataque. Su cabeza tenía un incesante movimiento de vaivén semi-giratorio, ya a la derecha, ya a la izquierda, en todo sentido, como para hipnotizar su víctima.

Los ojos del ratón decían su extremada angustia y desesperación; los de la culebra se hallaban inyectados en sangre, saltados, feroces. Ni uno, ni otro pareció notar nuestra presencia; jugaban una partida, para ambos, capital.

Por momentos los anillos de la culebra que enlazaban al ratón se contraían, y bajo la sensación de dolor, éste lanzaba los gritos lastimeros que habían llamado nuestra atención. El ratón trataba entonces de

morder la parte del cuerpo de la culebra a su alcance, pero sin resultado aparente; las escamas parecían impenetrables. Con todo, algún daño debían causarle estos mordiscos, ya que siempre en estos casos, la culebra golpeaba inmediatamente con su cabeza la cabeza del ratón hasta hacerle soltar su presa. Y luego los dos volvían a mirarse frente a frente, la culebra tratando, al parecer, de asestar un golpe, y el ratón viendo cómo evitarlo.

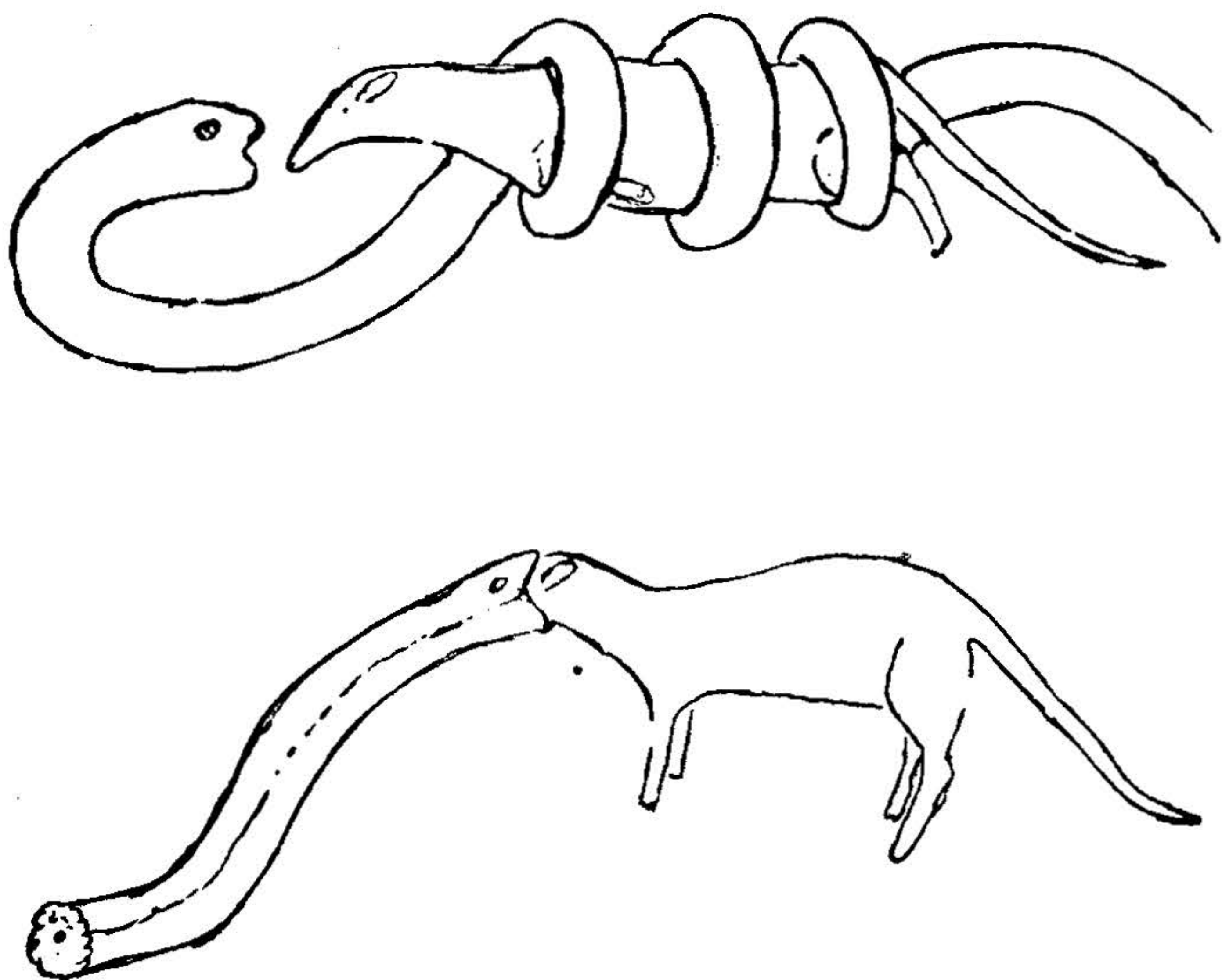


Fig 26

Este duelo a muerte parecía deberse prolongar aún por mucho tiempo, pues ninguno de los combatientes daba todavía señales de agotamiento. Los dos parecían igualmente dispuestos a seguir indefinidamente el uno a defender su vida, el otro tratando de dar muerte a su víctima. Con todo era de suponer que el desenlace sería fatal para el pobre ratón que fuertemente sujeto por las espiras compresoras de la culebra estaba a merced de su victimario. Para defenderse tenía únicamente unos dientes agudos y afilados que esgrimía amenazante y con toda la rabia de la desesperación. Pero

la culebra con admirable agilidad y destreza hacía inútiles todos sus esfuerzos.

Y de repente, cuando menos nos lo imaginábamos, la lucha tuvo su desenlace. Sería por descuido o por cansancio, el ratón que siempre enseñaba sus dientes amenazadores, cerró momentáneamente la boca. La culebra, que seguramente desde el principio de la lucha no esperaba otra cosa, aprovechó este preciso momento; como flecha se lanzó con la boca abierta sobre el hocico del ratón, cogióselo hasta más allá de los ojos en su propia boca. Al instante, la culebra deshizo los anillos que aprisionaban el cuerpo del ratón y sosteniéndolo en el aire únicamente por el hocico, sin que el ratón hiciera especiales contorsiones, fué caminando con él hacia el interior del matorral donde pronto los perdimos de vista.

Lo que sucedió después, es fácil suponerlo. Así aprisionado, el ratón debió tardar sólo unos pocos minutos en morir asfixiado. Ya era una presa excelente para la culebra; pero si tanto trabajo le había costado darle muerte, paréceme que no debió costarle un esfuerzo menor tragarlo entero. El cuerpo del ratón era notablemente más grueso que el cuerpo de la culebra, y los conocidos y clásicos esfuerzos de deglución que hacen las grandes serpientes de las zonas tropicales, debieron verificarse aquella tarde en el verde y asoleado matorral de Tanumé.

De todo lo anterior se desprende un hecho que conviene anotar: las culebras son destructoras de ratones. Esto se sabe, pero lo que talvez se ignora, es que los matan por asfixia.

